

ISABEL LACEN

@ISALACENM

Con lo que t'vales



Una historia de amor
y de baile

m̄

Con lo que tú vales

ISABEL LACEN

mī

© Isabel Lacen, 2019

Edición y fijación del texto: Emma Lira, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Sophie Güet, 2019

Fotografía de cubierta: © Javier Díez

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-270-4542-2

Depósito legal: B. 3.868-2019

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

1. Nada está bien	11
2. No hay marcha atrás	16
3. Una carta de Londres	21
4. Las Princesas	31
5. El último verano	41
6. Cuando empezó todo	52
7. Lucas	63
8. Unidos por el destino	75
9. Toda la suerte del mundo	86
10. Ilusión	106
11. Lo nuestro es algo especial	116
12. Ya no me necesitas	127
13. Desaparecida	139
14. Volver a intentarlo	152
15. Voy a triunfar	167
Epílogo	189

Capítulo I

Nada está bien

Julio de 2017

Abre los ojos. La luz le hace daño. Parpadea. Trata de fijar la mirada.

Los focos. Esos focos redondos, deslumbrantes, de nuevo. Es como si hubieran quedado grabados en su retina.

Los cierra.

Los abre de nuevo, ahora con precaución. Los deja casi entrecerrados. Quisiera llevarse la mano a la frente para protegerse un poco de la luminosidad que parece caer a plomo sobre ella, pero no puede; no sabe bien por qué.

Los cierra. Descansa un par de segundos. Parpadea rápidamente para evitar que fluyan las lágrimas que le provoca la luz. ¿Está tumbada boca arriba? ¿Es que aún no se ha terminado de despertar? Pero ¿desde cuándo ha habido tanta luz en su habitación? ¿O ha sido su madre la que ha alzado las persianas dejando que el mediodía mediterráneo penetre enterito en su cuarto? Tiene que ser eso. Claro. Como venganza por haber pasado toda la noche fuera, en el festival.

La idea pasa fugazmente por su mente y le cuesta atraparla, como si fuera un sueño. ¿El festival? ¿Qué festival?

Se concentra y recuerda el gentío: cabezas y brazos en alto recortados contra los focos del escenario, ráfagas de co-

lores barriendo la multitud. Recuerda la música atronadora y los bafles, palpitanes, como corazones gigantes que les hicieran latir en cada nota. Recuerda risas, miradas y música. Apenas hay palabras. En las imágenes que se suceden en su mente chicos y chicas en bikini y ropas veraniegas empuñan cubatas en vasos de plástico, gesticulan y se ríen, pero no los escucha; solo puede tratar de desentrañar las palabras que se forman en sus labios.

—Creo que ha vuelto en sí.

—Eso parece. Mira. Hay más actividad en las pupilas. Quizá esté soñando. O recordando.

Esas voces sí las ha oído. Abre los ojos repentinamente y el grito se le atasca en la garganta. Hay dos rostros gigantes, sorprendentemente cerca, inclinados sobre ella. Un hombre y una mujer. Ambos le sonrían a pesar de que Isa está casi segura de que no los ha visto nunca.

—Hola, Isabel, ¿cómo te sientes?

Le gustaría apartarlos, pero no sabe cómo mover las manos. ¿De qué la conocen? Su mirada busca, asustada, referencias a su alrededor. El contraluz de los rostros ayuda, pues la protegen de la luz que cae desde el techo. Focos luminosos e intensos empotrados en plafones de falsa escayola. Paredes blancas y desnudas. Esa no es su habitación, piensa. Y si no es su habitación, ni ninguna otra habitación que ella recuerde, ¿dónde está? ¿Por qué está tumbada? ¿Por qué esta inmovilizada? ¿Por qué la miran como si fuera un bicho raro?

Un pinchazo de dolor le taladra la cabeza. Siente la boca, el paladar como corcho. ¿Resaca? No, no, imposible. «No bebí tanto», recuerda. Se siente confusa, como si la acción que se desarrolla a su alrededor no tuviera nada que ver con ella. El festival. ¿Alguien puso algo en su bebida? ¿Alguien la tiene retenida contra su voluntad? El pánico se apodera de ella. Su corazón se acelera. Quiere patalear, pero no puede. No siente sus pies, como tampoco siente sus manos.

—¿Cómo está? —Una voz nueva se incorpora a las ya existentes.

—Se le acaban de disparar las pulsaciones.

—Estará asustada. Déjame. ¿Isabel? Hola, Isa. ¿Me recuerdas? Soy yo.

Abre los ojos de nuevo. Es un hombre de unos cincuenta años, pelo entrecano y una barba corta y cuidada. Tiene los ojos del color de la cerveza y le sonrío, atento. ¿Le conoce? Su mente, asustada, bucea entre recuerdos para rescatarle. Lleva algo en la mano. Una linterna minúscula. Y un bolsillo lleno de bolígrafos en una bata blanca.

¿Una bata blanca?

—Soy el padre de Cora, Isabel. ¿Puedes oírme?

¿El padre de Cora? ¿De su amiga Cora? Desde algún lugar muy profundo surge la imagen de una chiquilla tímida y regordeta con la melena pelirroja ocultándole el rostro. ¿El padre de Cora? ¿Si Cora ni siquiera ha ido al festival!

—¿Me oyes, Isa?

Asiente tímidamente. Le oye. Y le recuerda vagamente, aunque nunca le ha visto vestido así. ¿Leo? ¿Teo? No se acuerda de cómo se llama. Le cuesta ordenar las ideas. Le gustaría que alguien le explicara dónde está y qué es lo que está pasando. Algunos recuerdos se adelantan, como entre niebla, como si la realidad tratara, pese a todo, de abrirse paso. Quizá sea ella misma la que no se lo permite.

—¿Ves la punta de este boli? Síguelo con la mirada.

Isa obedece. El hombre parece satisfecho y apunta algo en lo que parece una carpeta. Le muestra una palma abierta.

—¿Cuántos dedos ves aquí?

—Cinco —responde. Su voz suena ronca y extraña. Siente un nudo en la garganta y unas ganas enormes de llorar.

—¿En qué año estamos?

¿¿Y esa pregunta??

—En 2018. Junio —contesta asustada, insegura, esperando que su recuerdo coincida con la realidad.

El hombre sonríe aprobadoramente. El padre de Cora. Teo. Ahora le recuerda. Le ha visto algunas veces en su casa. ¿No es médico en el Hospital Provincial? Siempre le ha sorprendido que esté separado y sin pareja, porque le parece un señor guapísimo —si le gustaran los señores, claro, que no es el caso—. A ella le gustan los chicos de su edad, de su instituto, en concreto le gusta Eduardo, como a casi todas.

¿Eduardo?

Eduardo sí fue al festival. Pasó algo relacionado con él, pero ¿qué? Sin saber muy bien por qué, su recuerdo hace que se le salten las lágrimas y le provoca un pinchazo en el corazón. Siente un dolor casi físico. ¿Qué ha pasado con Edu? Intenta ir más allá, pero el recuerdo se le resiste, como si hubiera una barrera que la separara de lo ocurrido esa noche. ¿Esa noche? ¿Ha sido de verdad esa noche o ha pasado más tiempo? Recuerda la mirada grave de Edu, un gesto leve como tratando de retenerla; recuerda un coro de risas a su espalda; recuerda su ira, su dolor, ¿su huida? Recuerda unas voces llamándola, el ruido de un motor atronando sus oídos y la sensación del viento en el rostro desnudo, de la brisa del mar secando las lágrimas en su rostro. Recuerda las mejillas frías de llanto y el sabor de la sal en los labios. Y recuerda unos focos potentes, pero no son los del techo, porque estos, los de sus recuerdos, se mueven muy deprisa, vienen de frente y están cerca. Muy cerca.

Y luego la oscuridad.

—¿Dónde estoy? ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre?

La voz se le rompe. Una vez más intenta moverse, alzar las manos, agitar las piernas, mandar, en definitiva, instrucciones a sus extremidades para que le respondan. No lo consigue. No es muy creyente, pero por primera vez reza por estar atada a esa cama. Porque parece evidente que está en una cama. Tiene que estar atada. No le importa el por qué. Solo le importa que eso explicaría que no pueda moverse. Y tiene que ser eso, ¿no? ¿Por qué otro motivo no podría moverse?

El hombre le sonríe con ternura. Hay una luz triste en su mirada.

—Viene ahora, Isa. Ya est  avisada. Viene de camino, junto a tu hermana. Estará aquí enseguida. Cierra los ojos y descansa un poquito.

 Avisada? No quiere pensar. Ve cómo ese médico, el padre de Cora, toma algo entre sus manos y lo palmea afectuosamente. Su cerebro tarda unos segundos en advertir que es su propia mano, con el esmalte de uñas morado a medio quitar y la pulsera de rafia del festival aún en su muñeca. Solo falta el anillo que le tom  prestado a Micaela. En su lugar hay una fina línea blanca en el índice bronceado.

No siente el tacto del doctor. No siente sus palmadas de consuelo, comprueba aterrorizada. No siente su propia mano.

— Mam ...?

Se siente como una niña pequeña, a punto de hacer pucheritos llamando a su mamá. Y, sin embargo, algo late en el fondo. Mamá y ella estaban peleadas,  no? Se despidieron casi a gritos. Se acuerda perfectamente. Siente de nuevo la injusticia de saberse incomprendida y al tiempo el dolor profundo que le provoca cada enfado de su madre. Pero pese a eso, a todo eso, quiere verla, necesita que est  all , que la sonr a y le ponga la mano en la frente, como cuando era pequeña y estaba enferma. Necesita que la abrace y le diga que todo va a ir bien.

Porque en ese despertar de pesadilla, Isabel, Isa, ya tiene claras dos cosas.

Que, de algún modo que aún desconoce, está enferma.

Y que nada, absolutamente nada está bien.

Capítulo 2

No hay marcha atrás

—Lo importante ahora es descansar...
—Su madre le dirige una sonrisa triste, sentada a su lado, en el borde de la cama. Micaela, su hermana, dos años mayor que ella, continúa de pie, apoyada en el quicio de la puerta como si se dispusiera a salir corriendo en cualquier momento. Está nerviosa. Muy nerviosa, porque se mordia las uñas con preocupación, como siempre cuando no sabe realmente qué hacer. Isa cree intuir por qué. Sabe que Micaela la vio cuando cogía su moto para escaparse rumbo a aquel festival al que su madre no la dejaba ir. Y sabe que se está arrepintiendo de no haber dicho nada en ese momento.

Cierra los ojos y trata de ponerse en la mente de su hermana: «Si me hubiera chivado y hubiera avisado a mamá, Isa no se habría ido en moto». La siguiente secuencia es más que evidente: «Si Isa no hubiera cogido la moto, no habría tenido un accidente volviendo de madrugada desde aquella localidad a solo veinticinco kilómetros de su casa». Isa no sabe si es exactamente así. Hubo más factores que se unieron para que la motocicleta de pequeña cilindrada se encontrase frente a frente con otro vehículo en la desierta y oscura carretera, pero no le apetece pensar en ello ahora.

—¿Cómo te sientes? —insiste Laura, su madre, ante su silencio enfurruñado.

Vaya estupidez de pregunta. ¿De verdad su madre le ha preguntado eso? ¿Cómo va a sentirse? Está en una cama de hospital, vendada e inmovilizada, monitorizada y conectada a varios cables. ¿Cómo espera que se sienta? No entiende cómo ha podido desear tanto que llegara su madre, cuando es evidente que está aún más asustada que ella. Laura —piensa con rencor— parece, como siempre, incapaz de tomar ninguna decisión por sí sola. Ni siquiera se toma la molestia de responderle.

—¿Podemos ayudarle en algo? —El padre de Cora acaba de entrar con cierto sigilo en la habitación—. ¿Desea que aviseamos al padre de la niña?

«No soy una niña», piensa Isa, sin ánimo para discutir. «Tengo dieciséis años».

Su madre levanta la barbilla levemente. Isa cree que es un gesto instintivo, que solo ella y su hermana notan.

—No, gracias —responde secamente—. Su padre no forma parte de... la unidad familiar. No mantiene ningún contacto con las niñas.

Es una forma eufemística de decir «se desentendió del tema y no sabemos ni por dónde anda», pero el médico parece entenderla a la primera.

—Ah, comprendo.

Su madre aún le sostiene la mirada, casi desafiante, como invitándole a preguntar más si se atreve. Es obvio que no lo hace. Carraspea. Mira su carpeta.

—Bueno. En lo que deben centrarse ustedes ahora es que en que Isa está fuera de peligro. Todo lo demás habrá que tomárselo con mucha tranquilidad y mucha calma.

—Me gustaría tener un diagnóstico completo, un informe más detallado —le pide su madre—. Necesitaría saber...

El médico la interrumpe.

—El doctor Torres hablará con usted en cuanto termine su ronda de visitas. Él le dará toda la información que necesite, pero insisto: por favor, céntrense las tres en

lo positivo de todo esto. Si el vehículo con el que impactó hubiera sido más grande, su hija no estaría aquí ahora. Si ella hubiese ido un poco más deprisa, tampoco. Si el golpe principal hubiese sido en la cabeza, seguramente tampoco.

Teo la mira hacia Isa mientras enumera todas las posibilidades que ha tenido de irse al otro barrio. Isa se siente como si la estuvieran regañando. Y quizá sea así, de alguna manera. Ella no solía montar en moto. Era de Micaela. Ella apenas la ha cogido una decena de veces. Nunca fuera de la ciudad. Y nunca por la noche. Iba sin traje, por supuesto. Ni siquiera Micaela lo tenía. ¡Con el calor que daba! Iba sin casco también. Estaba en el manillar cuando la sacó del garaje. Claro que lo vio, pero lo dejó allí. No quería que se le estropease el precioso ondulado que se había hecho esa noche para que Edu la viera espectacular... Edu... Bah, ¿qué importaba ese imbécil ahora?

—... Y si la persona implicada en el accidente se hubiera dado a la fuga, Isa tampoco lo habría contado —continúa Teo—. Fue esa persona, que apenas sufrió daños, quien llamó a Emergencias y quien se quedó allí hasta que llegó una ambulancia. Has tenido mucha suerte. —La mira directamente—. Muy buena suerte, jovencita.

¿Buena suerte? Isa rehúye su mirada. No recuerda nada del accidente. Solo los dos focos luminosos frente a ella. Ni siquiera siente dolor. Por eso tiene la sensación de que las amables palabras del doctor están tratando de prepararla para algo peor, mucho peor. Por eso insiste en que sea consciente de la suerte que ha tenido. ¿De qué mierda de suerte está hablando? No es él quien está inmóvil sobre la cama de ese hospital, que empieza a agobiarla de un modo casi físico. El blanco de las paredes le deslumbra, el calor de la habitación se le hace insoportable, el ambiente es tan seco que le da la impresión de que no puede respirar. Quiere irse de allí. Necesita irse de allí o arrancará a llorar. Y eso sí que no: no

piensa llorar delante de su madre, y de su hermana y de un montón de desconocidos vestidos con batas blancas. No soporta la compasión. Es lo último que necesita.

—Teo... —Saca de alguna parte el valor necesario para hacer la pregunta que le quema por dentro. El médico se sorprende de que le llame por su nombre. La mira servicial—. Solo necesito saber una cosa...

Su voz le resulta extraña hasta a ella. Grave. Profunda. Como si hubiera perdido el hábito de hablar. Todos los rostros se vuelven hacia Isa. Su madre, su hermana, los dos enfermeros...

—Solo quiero saber cuándo podré volver a bailar...

¿Se hace un silencio denso o solo se lo parece a ella? Su hermana mira al médico, y luego a ella, con ojos de espanto, como temiendo la respuesta. Su madre cierra los ojos, los aprieta con fuerza y se lleva la mano a la boca. Le parece que incluso contiene la respiración. El médico se inclina amablemente sobre ella. De cerca sus ojos tienen el color de la miel caliente.

—Isabel... —hace una pausa, como cogiendo fuerzas—, sé que estás en la academia con mi hija Cora. Sé lo mucho que te gusta bailar...

—No es solo que me guste. Soy buena. Muy buena. Me han dado una beca —presume Isa con cierto desafío, como si sus palabras pudieran modificar la realidad que presiente— para ir a estudiar a Londres el año que viene...

Micaela se da la vuelta. Su madre ahoga un sollozo. Teo palmea una vez más una mano que ella no siente.

—Isa... Isabel, ahora mismo...

—Tengo una beca —repite con cabezonería. La voz se le quiebra—. Para ir a Londres. Para bailar allí. Solo se la dan a las mejores. Tengo que incorporarme en octubre. Necesito saber cuándo voy a poder bailar de nuevo.

—Isabel, la pregunta no es cuándo. La pregunta es si...

—¿Cómo?

—Para bailar de nuevo, necesitarás caminar de nuevo, Isabel. Y para caminar de nuevo, necesitarás mucho esfuerzo, mucho trabajo y mucho ánimo. Tienes una lesión medular, Isabel. No podemos olvidarnos de eso. Pero estás viva. Tampoco lo olvides. Estás viva.

Isa siente que se ahoga. ¿Viva? ¿Sin bailar? ¿Sin caminar? ¿Viva para qué, entonces? Siente que el llanto acude a sus ojos sin que pueda refrenarlo. Es un sueño. Tiene que ser un sueño. Isabel mira a cada uno de los rostros que la observan con preocupación. Todo transcurre como a cámara lenta. Espera que alguien desmienta la afirmación del doctor, pero nadie lo hace. Entonces sí. Entonces se echa a llorar sin consuelo, mientras Laura la estrecha contra su pecho, pese a los cables que la atan a sueros, antibióticos y monitores. Lloran juntas y Micaela, al principio reacia, acude junto a ellas sobre sus plataformas negras y las abraza a su vez. Nadie recoloca los cables, ni las separa. Nadie se atreve a molestarlas. Isa lo agradece. Hacía tiempo que no se abrazaban así, que no estaban unidas ante una misma emoción, recuerda con amargura. Aunque sí, espera. Hubo una ocasión hace solo unas semanas atrás. Ojalá pudiera volver a ese momento. Ojalá pudiera dar marcha atrás y quedarse en ese instante, en ese abrazo anterior. Fue cuando llegó la carta de Londres. Fue cuando empezó todo.